

LA LÓGICA DE LA ORALIDAD¹

Andrés Gallardo
Universidad de Concepción

Se plantea aquí que desde la cultura letrada podemos comprender la riqueza de la cultura oral y aprender de ella, para delinear un marco de referencia que de cuenta de la lógica interna de la cultura oral. La cultura letrada contiene en sí misma la clave de su enorme poder y la raíz de su propia limitación. El relato escrito tiene autor, nombre, estructuración nítida; tiene marcados su principio y su fin. El texto oral es un acto cultural que siempre está haciéndose. Por ello, que es cultura de integración, donde la identidad del individuo es relativa, ya que siempre existe como contraparte del otro.

We postulate that from the written culture we can understand the richness of the oral culture and learn from it to trace a reference frame, which gives account of the internal logic of the oral culture. The written culture contains in itself the key to its huge power and to the root of its own limitation. The written story has author, name, clear structure, and its beginning and end are delimited. The oral text is a cultural act that is always becoming. Therefore, the oral text is an integration culture where the individual identity is relative for it always exists as the counterpart of another person.

1. Por mucho que el estudio de las sociedades orales esté concitando últimamente más y más interés entre sociólogos, antropólogos, lingüistas, folkloristas e investigadores literarios, en nuestro medio la noción misma de "oralidad" sigue siendo una noción de signo negativo, en el sentido de que se la entiende como una carencia vista desde una posesión: cultura oral es aquella que no ha desarrollado la escritura y es, por ende, si no primitiva, al menos más frágil y fugaz. El propio Saussure (1959), quien nos enseñó a valorar el lenguaje humano como sistema oral, centra, sin embargo, toda su concepción de la estructura de la lengua y su metodología de análisis, en una reflexión que, de hecho, parte de la lengua escrita. Ello no es de extrañar, porque, desde luego, sólo hablamos

¹Versión adaptada como texto escrito de la ponencia del mismo nombre presentada en el "Encuentro de narrativa folklórica latinoamericana", Universidad del Bío-Bío, Concepción, 6 de octubre de 2000.

de cultura oral desde la cultura letrada, intelectualizada. De ahí la solidez con que se dan entre nosotros algunas creencias y actitudes, explícitas o implícitas, no siempre ni necesariamente válidas, acerca de las sociedades sin escritura. Dejando de lado el ya superado prejuicio del primitivismo, estas van desde quienes conciben las sociedades orales como entes idílicos y prístinos y aun algo infantiles, hasta quienes ven a tales grupos viviendo un período de evolución, si no inevitable al menos deseable, hacia la etapa de madurez representada por la incorporación plena de la escritura. Así sucede con la mayor parte de los trabajos de planificación relacionados con el tema².

Yo quiero plantear en esta intervención, desde el comienzo, que oralidad y escritura son dos modos bastante diferentes de desarrollo cultural y trataré de proponer algunos puntos de vista y observaciones que nos ayuden a entender la dinámica de su interacción. Mi interés último, como miembro de una sociedad letrada, es delinear un marco de referencia que dé cuenta de la lógica interna de la cultura oral. Tengo la ilusión de que mis reflexiones puedan ser de alguna utilidad para los investigadores de las manifestaciones folklóricas y muy especialmente de las literaturas tradicionales.

2. Comencemos por plantearnos en qué consiste la escritura y cuál es su función más relevante.

La escritura es, por cierto, un desarrollo bastante tardío, pero decisivo, en la historia cultural³. No todas las sociedades que han generado formas complejas y formalmente sancionadas de interacción social han desarrollado la escritura como uno de los componentes básicos de su organización, pero cuando ello sucede las consecuencias son tan trascendentes que alteran todo el desarrollo socio-cultural. De hecho, la aparición de la escritura divide la historia, o las historias, que conocemos de la humanidad en dos períodos: lo que llamamos prehistoria, esto es, aquella remota época donde solo existía el intercambio oral, y la historia propiamente dicha, o sea, nuestra memoria explicitada en testimonios escritos, recuperables en cualquier momento.

La escritura sólo surge y se prospera en el marco del desarrollo concomitante de un alto grado de intelectualización de la cultura (al menos en una minoría gravitante del grupo social), entendiéndose por intelectualización de la cultura la capacidad de generar una concepción explícita de sí misma, de su organización interna, de la dinámica de sus redes de interacción y, muy especialmente, de la función de la lengua como medio de comunicación y análisis de los hechos

2 Chile, por cierto, no podía ser la excepción. Así, casi todos los trabajos teóricos y prácticos relacionados con la situación sociolingüística y cultural de las comunidades mapuches se centran en el problema del desarrollo de la escritura para el mapudungun, o en el problema de la alfabetización de los niños mapuches. Lo concreto es que se da por sentado que la escritura representa una forma objetiva de progreso. Para detalles, véase Gallardo 1984.

3 Goody y Watt (1968), siguen siendo el texto fundamental para entender la aparición de la escritura como una toma de conciencia del lugar de la lengua en la elaboración intelectual y en el establecimiento de la cultura, con el consiguiente distanciamiento del acto comunicativo de sus circunstancias, conducente a una forma nueva de intelectualización. En lo que se refiere a la historia concreta del desarrollo de la escritura fonética, todavía es útil el tratado de Moorhouse (1965).

culturales relevantes⁴. Aquí es donde hallamos una primera vía de ingreso para entender el fundamental rol de la escritura en la reformulación más íntima del sistema de interacción social.

La visión más común y aceptada de la escritura y su función es aquella que la concibe como la técnica básica de fijación de enunciados orales en un soporte visual. Así por ejemplo, para la UNESCO (1951), un individuo analfabeto, por oposición a uno letrado, es aquella persona que no puede cifrar –o descifrar– por escrito información que de otro modo sí puede transar oralmente. Esto, precisamente, es plantear que la función básica de la escritura tiene que ver con la corrección y superación del rasgo de evanescencia de los mensajes hablados. “*Verba volant, scripta manent*”, sentencia el dicho tradicional: las palabras vuelan, lo escrito permanece. ¿Será esto verdadero, culturalmente hablando? ¿Son los mensajes escritos una mera versión estabilizada, al traspasarla a otro canal, de los mensajes orales? Si la respuesta es afirmativa, como de hecho suele serlo consciente o inconscientemente, entendemos por qué, desde la cultura letrada, se ven las culturas orales como intrínsecamente lábiles y entendemos el porqué de esa insistencia de dotarlas de un sistema de escritura.

Consideremos, sin embargo, algunos simples y objetivos hechos:

- Las sociedades orales conservan con sorprendente precisión aquellos enunciados relevantes que se han ido elaborando en su seno. Ejemplos sobran. Para no ir más lejos, en nuestra tradición de lengua castellana, los poemas épicos, los romances, los cuentos, canciones y adivinanzas, así como una enorme cantidad de enunciados ritualizados, se han conservado con pasmosa fidelidad al margen de toda consignación escrita. La memoria colectiva oral es sumamente poderosa. Es, también implacablemente selectiva, lo cual, más que una falencia, es una estrategia del colectivo para evitar la saturación: sólo se recuerda aquello que resulta significativamente vital en algún sentido cualquiera. Aquel material que ha perdido significación vital se relega a la bodega sin fondo del olvido, donde no ocupa espacio, contrariamente a lo que sucede en nuestras bibliotecas, atestadas de material tan pasivo como molesto.

Lejos de ser sociedades de identidad difusa centrada en la fragilidad del presente, las sociedades orales son, por lo general, muy orientadas a su propio pasado como fuerza vitalizadora gracias, precisamente, al poder de continuidad de la tradición que, como se ha dicho, atesora sólo lo culturalmente relevante. Al comparar las culturas orales con nuestras culturas letradas, vemos que son precisamente estas últimas las que parecen debatirse siempre al borde de una anomia cultural, al haber desamarrado los lazos con su pasado como realidad actuante, y haber arrinconado tal pasado como historia esclerosada en sordidos anaqueles que pocos visitan y muchos ni siquiera conocen. Lo que quiero decir

⁴ De hecho, solo una comunidad urbanizada y compleja, capaz de plantearse ante el lenguaje como problema y cuya propia lengua está en estado importante de estandarización, desarrolla de modo consistente la escritura. (En Gallardo 1978 ofrezco una presentación panorámica de la teoría del idioma estándar, que incluye observaciones acerca del lugar de la escritura en el proceso).

es muy sencillo: en una cultura oral, el pasado solo existe en la medida en que se engrana en la funcionalidad del presente y lo ilumina y lo orienta; en la cultura letrada, en cambio, el pasado, irreversible e inmóvil, es o bien una forma de sub-existencia inerte, o bien una carga inflexibilizada por la retórica. Contrariamente al decir clásico, en nuestras sociedades la historia puede distar de ser maestra de la vida.

Las sociedades orales, de no mediar alguna fuerza disociadora externa, son grupos muy integrados culturalmente, y donde cada individuo conoce su lugar en un orden y una jerarquía socialmente conocidos y aceptados. La importancia del colectivo suele ser tal, que el individuo aislado ni siquiera se concibe a sí mismo, pues solo halla visibilidad e identidad, es decir, su lugar como actor e interlocutor activo, en su incorporación armónica al grupo, entendido como único espacio legitimado donde confluyen las redes de interacción. Por contraste, no es necesario aludir a lo que sucede en la mayor parte de las sociedades masivamente letradas, donde el individuo suele hallar su identidad, precisamente, en su rebeldía frente al colectivo.

Parece, entonces, conveniente replantearse el problemas de la función central de la escritura.

Una muy simple descripción de lo que podemos llamar el circuito básico de la comunicación interpersonal nos puede servir de punto de partida. Los tres componentes básicos de este circuito, a saber, el emisor, el receptor y el referente, funcionan y se relacionan entre sí de modos diferentes en situaciones de oralidad y de escritura.

En el entorno de la cultura escrita se produce un proceso de disociación entre emisor y receptor, puesto que para que ocurra el hecho comunicativo no es necesario el contacto efectivo entre uno y otro. ¿Cómo obtiene, característica-mente, el individuo letrado la mayor parte de la información que le llega o solicita? La respuesta es simple y clara: el individuo letrado no se centra en la realidad concreta, real e irreplicable del hablar de su emisor, sino en el mensaje propiamente dicho, o sea, en su producto final. Aislado en un extremo del circuito comunicacional, se entera de los contenidos de los mensajes muchas veces sin ver ni oír a su interlocutor, incluso sin siquiera conocerlo, cosa que por lo demás le resulta irrelevante. El letrado obtiene información en solitario, esto es, leyendo, no intercambiando información; va, de algún modo contruyéndose un mundo cultural como de naufrago.

En el entorno de cultura oral, en cambio, todo acto comunicativo es indisociado e indisociable del emisor y de su contraparte, el receptor: si llega a faltar uno u otro, simplemente no hay acto de comunicación, porque comunicación es interacción. Y hay más: el mensaje mismo, que en la cultura oral llamamos producto, en la oralidad sólo existe como ejecución del emisor; el mensaje, en un sentido inmediato y estricto, no es otra cosa que el hálito con sentido del emisor, es el propio emisor en un acto de proyección comunicante, que por cierto implica al destinatario. En la cultura letrada, el acto comunicativo cuaja en texto y el texto, insistamos, es un objeto, esto es, una cosa diferente del emisor y diferente del receptor, aunque producida por aquel y destinada (y recibida o no) por éste.

Una consecuencia de capital importancia de esta observación aparentemente trivial es que en la cultura letrada el acto de comunicación puede no llegar a ser tal, en sentido riguroso, al no darse como condición necesaria este contacto emisor-receptor. Así, el texto elaborado por el emisor puede quedar objetivamente cifrado pero latente, o sea, incompleto, al no encontrar un receptor real, su contraparte necesaria; el texto-objeto puede quedar en una especie de tierra de nadie, meramente saturando el espacio físico. Hay aun otra consecuencia igualmente relevante: la cultura oral resulta ser definitivamente más humana, más cálida y más integradora, si bien más concreta y menos intelectualizada, al ser los actos comunicativos que se ejecutan en su seno indisociables de las circunstancias espacio-temporales en que ocurren. La cultura letrada contiene, pues, en sí un germen de desintegración (y consecuente anomia) cultural, al no depender el acto semiótico del contexto inmediato y al centrarse en el producto, el texto-objeto, y no en las personas que transan enunciados. Y una nueva consecuencia, ya insinuada: la cultura letrada es, por definición, intelectualizada. Esto quiere decir que ese texto-producto, para que tenga validez real, ha de constituirse en instancia de comunicación coherente, autovalente, capaz de generar las condiciones objetivas adecuadas para su correcta interpretación. El receptor mismo figura en tal texto, postulado como una virtualidad. Y para comprender este texto autónomo que va a leer, como no está frente a su interlocutor e ignora las circunstancias en que elaboró su mensaje, el lector no tiene otras claves que las que le da el texto mismo.

La lección central que sacamos de las generalizaciones expuestas, es que el acto cultural de escribir no consiste en poner en un soporte fijo lo que producimos oralmente: escribir es encarar de modo diferente el proceso de análisis de nuestra experiencia y su consecuente articulación lingüística; escribir es asumir la comunicación humana como un proceso nuevo, donde el texto-producto es el centro y las personas que interactúan (desplazadas de las circunstancias) son la periferia⁵. La cultura letrada, así entendida, contiene en sí misma la clave de su enorme poder y la raíz de su propia limitación. Que lo diga, si no, la melancólica contradicción que erosiona la dinámica de toda cultura letrada, como es la superabundancia de información que satura los canales supuestamente interactivos y termina por embotar la capacidad comunicativa de las personas.

⁵ Hay muchos casos concretos de situaciones localizadas donde las diferencias entre cultura letrada y cultura oral aparecen manifiestas. En Gallardo (1986) examino la situación, hoy infrecuente pero común durante la Edad Media, de intelectuales letrados que actúan en un entorno cultural de oralidad. Tal es el caso de nuestros primeros escritores, como el maestro Gonzalo de Berceo o el Arcipreste de Hita, cuyos textos representan la exacerbación -no en balde son pioneros- de la conciencia de ser hechos de escritura. El caso opuesto, o sea, formas de oralidad en un entorno letrado, es mucho más común, aun dentro de una misma comunidad monolingüe. Un buen ejemplo nuestro es el estudio de Salazar-Burdiles (1996-1997) que muestra cómo textos escritos por estudiantes chilenos llevan en sí huellas de una cultura oralizante: "esta escritura se caracteriza por la ausencia de explicaciones, aclaraciones y, en general, marcas de control de la interpretación del discurso... la estrategia de producción textual se acerca más a un estilo oral" (p. 46).

3. Hay, por cierto, mucho más que decir sobre la dinámica de la oralidad y de la escritura como formas de desarrollo cultural. En este trabajo nos limitaremos solo a aquello que constituye el tema central de este encuentro, a saber, el problema de la narrativa oral tradicional. Y, según lo dicho hasta aquí, parece conveniente y razonable proponer como hecho objetivo el siguiente planteamiento: la narrativa oral y la narrativa letrada son dos formas diferentes de actividad creadora⁶

Un relato escrito propiamente dicho, o sea, un relato producido en el marco de una cultura letrada, es, en primer lugar, un producto objetivo de un individuo identificado (o identificable) que espera, en principio, algún tipo de reconocimiento a su labor, ya sea por su talento, originalidad, aporte creativo, calidad o novedad de la información presentada, etc. Esto vale no solo para el tipo de relato que llamamos "literario", sino también para el relato de tipo periodístico, el relato de corte legal y aun el relato circunstancial o anecdótico. El relato oral, por su parte, siendo también, como producto humano, un acto donde la creatividad, el ingenio y la habilidad idiomática se manifiestan, es un producto de un individuo no necesariamente identificado (y muchas veces producto de variadas elaboraciones sucesivas y colectivas), porque está fundido en el grupo del cual emana y en el cual actúa, lo cual es bastante diferente de lo que llamamos anonimato. No debe perderse de vista que este relato oral solo existe como ejecución de un narrador (no necesariamente su autor) ante un auditorio real. Confundir una versión escrita (o sea, congelada) de un relato oral con el verdadero hecho narrativo es tan ingenuo como confundir la fotografía de una persona con la realidad de esa persona. (Por ello, en este caso es conveniente hablar de "transcripción" de textos orales y no de escritura de los mismos, a no ser que se trate de re-creaciones literarias de relatos tradicionales, pues en tal caso ya hablamos de textos escritos.). De aquí nace el hecho de que la validez del texto escrito (que según hemos anotado es un "objeto" de realidad autónoma diferente de su emisor y su receptor) reside en la capacidad de tal texto de sostenerse como entidad semiótica generadora de mayor o menor (nunca nula) auto-objetividad; la validez del texto oral, por su parte, está dada por su capacidad de expresar la sociedad y la cultura de la cual emana y en la cual se difunde⁷

El soporte físico del texto escrito es siempre un elemento de límites acotados y de gran rigidez: piedra, madera, arcilla, pergamino, papel, etc. Es importante señalar que puede ser también un soporte electrónico (registro virtual o incluso voz grabada), ya que es frecuente que algunos actos característicos de nuestra cultura presentados como actos orales son solo aparentemente orales, pues su forma estructural de codificación, su fijación, en una palabra su existencia autónoma (independiente de emisor y de receptor), así como su articulación planificada e intelectualizada, los hacen textos propiamente escritos, esto es, ci-

6 El estupendo estudio de Goody (1985) muestra como se manifiestan las formas de creatividad en la cultural oral (vide esp. cap. II).

7 Los trabajos de Van Dijk, v. gr. (1978, 1980) son ya clásicas descripciones de aspectos internos de la formulación y ejecución de textos escritos

frados dentro de las convenciones cognitivas y retóricas de la cultura letrada. El soporte funcional del texto oral es muy otro: es la memoria humana, no solo la memoria del individuo que pudo haber elaborado el texto en cuestión, sino la memoria social. El texto escrito, y es frecuente que ello suceda, puede sobrevivirse a sí mismo, o sea, puede perder validez intelectual o social y convertirse sólo en elemento inerte en un espacio físico. Diferente es el destino del texto oral: como existe solo como ejecución en el soporte de ciertas memorias insertas en una tradición cultural viva, estas memorias lo anidarán y lo irán reformulando, mientras les sea válido, en sucesivas ejecuciones, o bien lo desecharán, según vimos, hacia esa zona de protección cultural que se llama olvido. El texto oral es, así, vivo y mudable; el texto escrito es fijo y su rigidez es su poder y su debilidad.

Lo dicho hasta aquí ayuda a corroborar nuestra proposición acerca de la autosuficiencia del texto escrito, manifestada en la explicitación en su estructura formal de las condiciones para su adecuada lectura, en su coherencia interna, y concomitantemente en su carácter autocrítico. El relato escrito tiene autor, tiene nombre (nótese que los nombres de los relatos populares han sido siempre puestos por los recopiladores letrados), tiene estructuración nítida, tiene marcados su principio y su fin. El texto oral nunca es un producto terminado, es un acto cultural que siempre está haciéndose; al existir solo como espectáculo es vivo, adaptable como buen intercambio semiológico. El texto oral, y pensamos ahora sobre todo en los relatos tradicionales, no es texto propiamente dicho, es componente activo de la sociedad en la cual ocurre, puesto que solo vive como hábito de una persona que halla su razón de vivir en la recepción de las personas con las cuales interactúa. Se explica así que retórica oral y retórica letrada sean tan diferentes. El texto escrito es elaboración auto-sustentable, si se puede decir; el texto oral es lenguaje en acción continua: si llegan a fallar el talento histriónico o la energía social del ejecutante, pierde eficacia y se desvanece, y en el extremo comunicativo opuesto, si por algún motivo disminuye el interés del oyente, tal relato muere de muerte natural al diluirse en la bruma del aburrimiento.

4. Quizás podrían surgir, en este punto, algunas inquietudes valóricas: ¿será mejor ser letrado que oral, ya que la cultura letrada es la cultura del poder?, o será mejor ser oral que letrado, ya que la cultura oral parece ser la cultura del intercambio vital?⁸. Lo cierto es que ambas cosas, o ninguna de las dos. Desde luego, la invención de la escritura es un desarrollo tecnológico crucial, equiparable al desarrollo de la agricultura o de la metalurgia, que ha permitido el crecimiento de la reflexión filosófica y el avance de la ciencia, así como una expansión asombrosa de las instituciones sociales más for-

⁸ Bernstein (1974) plantea, en esta línea, diferencias entre la cultura letrada y la oral. Por su parte, Kochman (1974) es una cala inteligente en el rasgo intelectualizado, "frío", de la cultura letrada, como forma de poder frente a la naturaleza inmediatez, "caliente", de la cultura predominantemente oral, lo que puede llegar incluso a superponerse a lealtades étnicas.

malizadas y todo tipo de ingenios intelectuales y técnicos⁹. La escritura, que es una de las formas de institucionalización de la lucidez humana, está en la base de nuestra forma de entendernos a nosotros mismos, de entender las relaciones entre los individuos y las sociedades, de entender, en último término, la cultura. Las llamadas "personas modernas" somos, definitivamente y sin vuelta, personas letradas y reflexivas. Nuestra inteligencia se desarrolla y se expresa en el marco de la cultura letrada. Pero hay que recalcar, como cautelosa advertencia, y ya a modo de primera conclusión, que esta cultura letrada lleva en sí las marcas de sus limitaciones y, quizás, de su posible propia destrucción. La cultura letrada, basada en la transacción de enunciados objetivados, en la elaboración de textos autónomos, es, paradójicamente, la cultura de la disociación, de la alienación de individuos obsesionados con el fantasma de su individualidad y amenazados por la agresión continua de su propia sociedad; la cultura letrada es la cultura de la soledad radical. La cultura oral es la cultura de la integración, donde la identidad del individuo es relativa, ya que siempre y solamente existe como contraparte del otro, individual o social; semiológicamente el individuo oral solo existe como interlocutor y sus productos lingüísticos, sus textos, si se quiere, solo pueden existir como instancia viva de comunicación. Verdaderamente todavía hay mucha riqueza que rescatar de las culturas orales.

Por cierto, solo desde la cultura letrada podemos reflexionar sobre el sentido de la cultura; en la sociedad oral no se reflexiona (lo que los letrados llamamos reflexionar) sobre el sentido de la cultura: simplemente se vive y se interactúa en lo cultural, lo cual va creando cultura. Pero es también desde la cultura letrada que podemos aprender conscientemente de la cultura oral, ya que el canal comunicativo generado por la escritura está funcionalmente bloqueado para la oralidad. La cultura letrada tiene la capacidad de anular eventualmente a la cultura oral. Ello no quiere decir que se deba luchar para que las culturas orales, sobre todo aquellas con las cuales estamos en contacto siempre desequilibrado, sigan siendo orales. Solo quiere decir que toda intervención, venga de donde venga, debe ser respetuosa de toda cultura. Tampoco se trata de que los analfabetos que viven en nuestra sociedad letrada deban seguir siendo analfabetos, porque el analfabetismo es, como la miseria económica, una condición de deterioro social. Lo que se quiere decir es muy simple: desde la cultura letrada podemos comprender la riqueza de la cultura oral y aprender de ella, de sus valores evidentes¹⁰. La cultura letrada es, sin duda, más poderosa, aunque sea melancólicamente más poderosa, que la cultura oral. Cómo no aprovechar este poder para tratar de rescatar de las culturas orales que todavía existen entre nosotros aquellos elementos más humanizadores y buscar modos de incorporarlos para enriquecer nuestra propia vida social y personal.

9 La noción de escritura como tecnología de la palabra se desarrolla en Gelb (1974) y sobre todo en Ong (1987).

10 Un ejemplo clásico y todavía útil de aproximación a la tradición oral es Valsina (1966).

BIBLIOGRAFÍA

- Bernstein, Basil. "Códigos amplios y restringidos: sus orígenes sociales y algunas consecuencias", en Paul Garvin y Yolanda Lastra (Eds.). *Antología de Estudios de Etnolingüística y Sociolingüística*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1974. pp. 357-374.
- Gallardo, Andrés. "Hacia una teoría del idioma estándar". *R.L.A. Revista de Lingüística Teórica y Aplicada* (Universidad de Concepción) Vol. 16, 1978. pp. 85-119.
- _____. "La situación mapuche, problema de planificación lingüística". *CUHSO Cultura, hombre, sociedad* (Universidad Católica de Temuco), Vol. I, N° 1, 1984. pp. 151-188.
- _____. "Alfabetismo en la oralidad. El escritor medieval y la cultura del idioma". *Acta Literaria* (Universidad de Concepción) N° 10-11: 1985-1986. pp. 99-114.
- Gelb, A. J. *A study of writing*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1974.
- Goody, Jack. *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal, 1985.
- _____. e I. Watt. "The consequences of literacy". J. Goody (Ed.). *Literacy in traditional societies*. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.
- Kochman, Thomas. "Orality and literacy as factors of "black" and "white" communicative behavior". *International Journal of the Sociology of Language* N° 3, 1974.
- Moorhouse, A. C. *Historia del alfabeto*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Salazar Provoste, Omar y Gina Burdiles Fernández. "Uso de conectores en textos argumentativos: análisis de textos producidos por estudiantes chilenos". *Nueva Revista del Pacífico* (Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Comunicación) N° 41-42: 1996-1997. pp. 41-48.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada, 1959.
- UNESCO. "Report of the UNESCO Meeting of specialists 1951: the use of vernacular languages in education" en J. Fishman (Ed.). *Readings in the sociology of Language*. La Haya: Mouton, 1968.
- Vansina, Jan. *La tradición oral*. Barcelona: Labor, 1966.
- Van Dijk, T. *La ciencia del texto*. Buenos Aires: Paidós, 1978.
- _____. *Estructura y funciones del discurso*. Madrid: Cátedra, 1980.